

Newton Compton Editores

Título original: 환상서점

© 2023, So Seo-Rim. Publicado según acuerdo con Danny Hong Agency y Piergiorgio Nicolazzini Literary Agency (PNLA).

© 2024, de la traducción por Ana de la O Barragán Jiménez

© 2024, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Este libro ha recibido una subvención del Literature Translation Institute of Korea (LTI Korea).



Primera edición: noviembre de 2024

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)

www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-10359-16-1

Código IBIC: FA

DL: B 14.053-2024

Diseño de interiores:

David Pablo

Composición:

Javier Sánchez Meco

Impreso en noviembre de 2024 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

So Seo-rim

La Librería de las ilusiones

Traducción de Ana Barragán



Newton Compton Editores

Barcelona, 2024

Principio

La historia del acantilado

Hace mucho mucho tiempo, en un pueblecito perdido entre montañas y ríos vivía una chica muy curiosa, nacida en una familia noble, que prefería corretear por el campo libremente a recibir la educación que le correspondía.

Un día, mientras recorría las calles del mercado, encontró un libro en el suelo. Lo recogió y miró a su alrededor en busca de la persona que lo había perdido y supuso que debía de ser él, un muchacho que se alejaba caminando con la gracilidad de un ser etéreo.

La chica quiso devolvérselo antes de perderlo de vista por completo. Con la rapidez de una vasija rodando calle abajo persiguió el aleteo de mariposa de la tela de su *dopo*, del color del jade, ondeando tras él. Pero no llegó a alcanzarlo, pues sus piernecitas eran la mitad de cortas que las del joven.

Acabó perdida en medio de un bosque que todos decían que estaba embrujado. ¿Qué podría llevarlo a desvanecerse entre aquellos árboles espeluznantes?

Para cuando se puso el sol, el canto de los pájaros comenzó a asemejarse al quejido lastimero de los espíritus, y la chica se echó a llorar asustada. Entonces, alguien se apareció ante ella. Era el joven de antes, que de cerca ya no parecía tanto un ser sobrenatural sino más fantasmagórico, alto y muy pálido.

El muchacho se acercó y le preguntó su nombre. Entonces, ella comenzó a sollozar mientras él la observaba en silencio, visiblemente incómodo mientras se debatía entre qué decir o hacer. Incluso cuando ella le agarró la mano con fuerza, el joven dudó un instante antes de darle unas suaves palmaditas.

De golpe, la chica sintió un chasquido dentro de la cabeza, un chispazo eléctrico que trajo consigo una premonición.

—Creo que me quedaré aquí contigo mucho tiempo. Más de lo que puedas imaginar, tanto como incontables granos de arroz hay dentro de un saco.

La joven no se había dado cuenta en el momento, pero, al ver detenidamente el rostro delicado del hombre, se había enamorado.



No queda claro qué ocurrió con ellos al final. Al parecer, pasaron tantas alegrías como penas y, aunque estuvieron a punto de darse por vencidos en varias ocasiones, se esforzaron por seguir adelante. Y una vez más habrían escalado todos los picos juntos.

Cuentan que el amor de la chica acabó en tragedia. Después de estar casada un tiempo, eligió por fin liberarse de sus ataduras para fugarse al bosque con aquel muchacho. Y todo terminó con ambos saltando de un acantilado, abrazados, con las manos fuertemente enlazadas para no separarse jamás.

Qué par de estúpidos.

¿Qué fin innoble habían elegido, por un amor tan deslumbrante?



Lo curioso fue que él, aunque debía haber muerto en aquella ocasión, más tarde fue visto por los alrededores del acantilado, merodeando por las calles abarrotadas de la ciudad o descansando en un templo alejado del mundo.

Aquí comienza lo verdaderamente extraño, porque aún hoy continúan los relatos de testigos que aseguran haberlo visto. Creen que se trata de un fantasma, de un monstruo. Una persona normal no vive sevecientos años. Así que ese joven con apariencia de *dokebi* debe continuar vagando por los alrededores del acantilado en espera de su amada; algunos dicen que construyó un granero, otros que ahora regenta una librería. Mientras tanto, sigue lamentándose por su desafortunado destino.

Eso es todo lo que se sabe de su historia. Podría ser mentira, claro. Pero también verdad. Puede que alguien modificara la versión original porque no le

gustase, o tal vez alguno decidiera escribirla de nuevo. Y cambiar solo el final. ¿Qué importa mientras el público quede satisfecho?

A fin de cuentas, esta no es más que una vieja historia.

Capítulo 1

Una visita casual

Hay cosas que no cambian con el tiempo. Emociones como el amor y el odio. O la inmensidad del universo, que sigue una trayectoria distinta a la humanidad. El acantilado ante sus ojos.

Yeonsoo estaba sola en medio de la oscuridad de la montaña. Había acabado allí, perdida, y ya llevaba cerca de treinta minutos sentada sobre la fría roca de granito contemplando su calzado, unas Converse que habían sido blancas, pero ahora estaban manchadas de tierra. Se había perdido mientras hacía senderismo por una montaña que era lo bastante grande como para atraer a un número considerable de excursionistas cada fin de semana. Le quedaba cerca de casa.

De haber continuado por la ruta para principiantes no habría pasado nada. Sin embargo, conforme subía los peldaños montaña arriba, el recuerdo del dichoso correo que la había llevado hasta allí hizo que la rabia escalase por su cuerpo y acabara tomando el control.

Lo sentimos. Su historia no es lo suficientemente comercial.

Ya iban siete veces en dos años. Siete veces incluso después de haber dejado un trabajo bien remunerado para convertirse en escritora de cuentos infantiles. Siete rechazos de editores que no había visto en su vida. Distintos niveles de cortesía, mismo mensaje.

Se enfadaba igual cada una de las ocasiones, pero siempre acababa convenciéndose a sí misma para buscar otra editorial. Hoy en día, hay libros y editoriales en todas partes. Estaba convencida de que encontraría por ahí alguien a quien le gustaran sus historias.

Lo que tenía diferente aquel rechazo era que resaltaba la parte decepcionante. Poco importaba lo respetuosos que hubieran sido en su correo, Yeonsoo estaba tan harta que no podía interpretarlo de otra manera.

¿Has pensado en darle un final feliz?

Un final feliz. Preferían que hubiera ese tipo de final en sus cuentos. Existen muchísimas formas de vida, ¿es que solo por el hecho de ser un cuento ya debía acabar así? Los finales felices suelen ser parecidos en todas las historias. Parejas que acaban juntas, la humanidad sobrevive. Un juego momentáneo y satisfactorio para los lectores antes de regresar a la rutina de sus vidas con el corazón un poco más calentito.

¿Y dónde quedan los finales que son como un puñal en el corazón? Esos eran sus favoritos. Como cuando las hermanas de Cenicienta se quedan ciegas por-

que una paloma les arranca los ojos a picotazos o ese final en el que Patjwi¹ acaba hecha picadillo. Existe cierta belleza en esa crueldad.

Aunque ella misma reconocía que aquel tipo de finales no eran tan habituales, sí que permanecían durante más tiempo en la memoria, además de guardar significados ocultos. Tenían algo, ese algo que el narrador quiere contar al mundo.

Era como se sentía al ver unas escaleras en plena naturaleza, tan bien estructuradas, tan artificiales. Subirlas suponía acabar en un destino fijado por alguien desconocido para poder disfrutar de las vistas, despejar la mente y volver a la rutina con energía renovada.

De pronto, se encontró hastiada de aquellos escalones y se desvió, con la seguridad de una excursionista experimentada, por un camino con una señal de PROHIBIDO EL PASO. De pequeña la llamaban «mona de la montaña Bukhansan», un apodo que se había ganado por su rapidez y agilidad. Tenía buena memoria para recordar detalles tan concretos.

Y así había acabado allí. Perdida después de pasar dos veces por el mismo peñasco, le dieron las ocho de la tarde. Ya oscurecía y, al no poder bajar simplemente desde tan lejos, se había detenido allí. Tenía móvil, pero no la fuerza suficiente para pedir ayuda por su estupidez.

Al borde del acantilado donde estaba sentada ca-

¹ Protagonista de una fábula coreana.

bían como mucho dos personas. No estaba a la suficiente altura como para tener unas vistas excepcionales y tampoco parecía un lugar ideal para escalar, pero seguía estando a una altura considerable y tenía la sensación de estar flotando, como si se dejase llevar por la brisa nocturna en medio de la oscuridad. En ese momento, una pregunta tonta le cruzó por la cabeza: ¿así era estar en un lugar recóndito y olvidado del mundo?

A lo lejos, las luces de la ciudad titilaban como estrellas. Distantes. Se encontraba en el pedacito más pequeño de un mundo recortado con tijeras. La mera idea le causó aún más angustia.

–Estoy harta –murmuró para sí misma.

–¿Cómo dices? –preguntó una suave voz masculina tras ella.

Se giró de golpe. No era momento ni lugar para que hubiera alguien allí. Pero ahí estaba él, plantado como otro de aquellos árboles, como si llevase mucho tiempo esperando.

Le extrañó su atuendo: zapatos de cuero, traje perfectamente entallado y, por encima, un *dopo* de colores apagados que le cubría como una túnica. Por un momento esperó que estuviera ahí para rescatarla, aunque no llevase la indumentaria adecuada para hacer senderismo ni vistiera como si perteneciese a un equipo de rescate.

El desconocido se acercó y ella retrocedió unos pasos hacia el borde. Su grandiosa imaginación ya estaba barajando la posibilidad de que se tratase de

un asesino o un *dokebi*. Fuera uno u otro, no quería que la atrapase.

Él se detuvo al ver el miedo en su rostro y la observó con una mirada indescifrable que mantuvo a Yeonseo expectante, esperando su siguiente movimiento. Sentía el sudor frío en las manos por la inquietud.

–Como ya sabrás, hay un acantilado justo detrás de ti –comentó él con voz amable.

Vaya. Yeonseo se giró para encontrarse con el abismo a escasos pasos. El rugido del viento escalaba por allí a la vez que el miedo ascendía por su cuerpo como un escalofrío. Miedo de aquel hombre, miedo de la caída.

–No serás... ¿de un equipo de rescate? –lanzó la pregunta, esperanzada.

–¿Rescate? –rió él, entornando los ojos.

Aquella risita había dejado en evidencia la ridícula pregunta.

Las esperanzas de Yeonseo quedaron hechas añicos y un nuevo escalofrío le sacudió el cuerpo.

–¿Quién eres entonces? ¿Y qué haces aquí? No llevas ropa de montaña...

–¿De montaña? –soltó otra carcajada antes de responder a su pregunta–. Bueno, es cierto que un traje no es lo más adecuado para hacer senderismo. Por dónde empiezo... Este lugar me trae recuerdos. Y me gusta disfrutar de mi tiempo a solas. Al menos eso pretendía, pero te me has adelantado. Sobre la ropa... Acabo de salir de mi tienda, está por allí.

Señaló más allá del despeñadero y Yeonseo se in-

clinó un poco para mirar. Allá abajo se veía un ínfimo resplandor. Se había puesto de moda montar pequeños negocios, como cafeterías o restaurantes, en zonas así. Y si bien su ropa desentonaba en la ciudad, sí que encajaba en medio de la montaña. Quizá le había juzgado mal.

Sin embargo, aún no estaba segura de poder confiar en él. Podía dejar que se marchara y luego pedir ayuda, o podía seguirle. También podía tener mala suerte y... Al final tomó una decisión y se fue alejando poco a poco del borde.

–Siento haberte molestado. Pero ya me iba, así que... ¡Ay!

El grito fue breve, una señal de alarma. Su plan de esquivarle y pedir ayuda había fallado, como todo lo demás que había programado para aquel día. Primero había recibido ese desagradable correo, luego se había perdido en la montaña y ahora una ráfaga de viento le había hecho perder el equilibrio.

«Moriré, sin duda –pensó mientras caía–. Tardarán en encontraran mi cuerpo, abandonado quién sabe dónde, y mis cosas perdidas por la montaña. ¿Qué llevaba hoy conmigo? Me identificarán a partir de mis pertenencias. Creerán que ha sido un accidente, un resbalón. Y yo ni siquiera he hecho testamento. Sí, seguro que eso es lo que pensarán... Pero ¿y si creen que he sido asesinada? No, seguro que no. Querría que por lo menos una vez muerta alguien supiese quién soy en realidad».

Este terrible accidente no era culpa de la débil vo-

luntad humana, sino de una combinación de casualidad y mala suerte.

Notaba la frente húmeda y fría por el aire: lo último que iba a sentir en vida. «Vaya desgracia de persona...», pensó cerrando al fin los ojos.



Un estruendo tan fuerte como el estallido de una presa resonó en algún lugar. El viento sopló de nuevo, esta vez subiendo desde el fondo del acantilado. Decían que en esa zona había corrientes muy fuertes, pero aquello era peor de lo que imaginaba. Yeonseo estaba prácticamente volando por los aires.

Estaban a principios de otoño; no se esperaba ni una gota de lluvia ni tampoco nubes en el cielo. Era imposible que un tifón hubiera surgido de la nada o se hubiese formado un huracán en plena montaña. Sin embargo, Yeonseo estaba demasiado asustada para siquiera gritar o pensar en esa anomalía inexplicable.

Abrió los ojos cuando una brisa más suave le acarició la espalda. En lo alto del oscuro cielo se alzaba la luna llena, tan brillante y cercana que casi podía tocarla. Se dejó llevar por el impulso de querer alcanzarla y extendió los brazos. Pero entonces la luna huyó y ella se dio cuenta de lo que pasaba. No era el cielo ni tampoco la luna. Era una masa elegante y grácil con un par de aletas redondeadas a los lados que formaba medias lunas, y un par de ojos enormes similares a los de una ballena.

La criatura pasó sobre ella y se elevó hacia el cielo. Llevaba un bosque sobre el lomo, terso y agrietado como la corteza de pino, y cada árbol estaba repleto de diminutas flores amarillas.

Según avanzaba, el viento iba arrastrando pétalos que caían a un arroyo y parecían estrellas en el firmamento nocturno. Uno de ellos, perfumado, revoloteó frente a sus ojos. Las pequeñas florecillas amarillas formaban unos racimos estrellados que flotaban a la deriva bajo la luna de otoño. Al verlas fluyendo como la Vía Láctea, a Yeonseo aquellos árboles le recordaron el mito del conejo que habita en la luna.

Todo tipo de sensaciones la envolvían: viento, destellos plateados, fragancia de flores. Hasta creyó distinguir el conejo blanco en el bosque a lomos de la criatura.

La tormenta mágica llegó a su fin y la gravedad tiró de ella.



«¿Moriré esta vez al fin? ¿O ya lo estoy?», pensó.

Seguía con los ojos cerrados y solo sentía una fuerza más suave que la sostenía en el aire. Se preguntó si seguía alucinando, así que volvió a abrirlos y se encontró con otras dos lunas ante sus ojos. Brillantes, de un verde desvaído. Pertenecían al mismo desconocido de antes.

Todo aquello se parecía cada vez más a un cuento.

Capturada en plena caída y en brazos de un extraño que la llevaba como si fuera una princesa.

Al final de aquella pequeña aventura aterrizaron en tierra firme. Yeonseo alzó la cabeza buscando de nuevo su mirada, un arrecife de coral donde creyó distinguir, durante un momento, a la criatura de antes sumergiéndose en las profundidades.



El hombre la hizo sentarse a una mesa y le sirvió algo de té. Yeonseo no le estaba prestando mucha atención.

–Parecía una ballena. Era gigante, del tamaño de un edificio. Y volaba por el cielo.

–¿Una ballena voladora? No puede ser.

Llevaban debatiendo sobre esto desde que habían vuelto de la montaña. Aquel desconocido había sido el único testigo del accidente, pero, para sorpresa de Yeonseo, se estaba tomando a broma todo aquello e insistía en que había sido cosa de su imaginación.

–Ballenas volando... Es lo que parece cuando las vemos salir a la superficie. A tanta distancia apenas se distingue entre el mar y el cielo. Una criatura tan enorme en medio de la nada... Claro que da la sensación de que estuviera volando. Además, de por sí las ballenas son animales misteriosos y no se dejan ver a menudo. Si unimos los puntos, la imagen que se forma es increíble. Pero, bueno... Al final, solo

son mamíferos nadando en el mar. Y ese movimiento que hemos romantizado, en realidad... –hizo una pausa mientras servía el té. Algunas gotas de líquido rojo se deslizaron por el extremo de la taza– lo hacen para sacudirse los parásitos.

–Y entonces lo de flotar... Bueno, cuando el viento me elevó por los aires, ¿cómo explicas eso? –insistió Yeonseo frustrada.

Toda aquella experiencia tan traumática le había hecho olvidar que estaba ante un completo extraño. Su comportamiento resultaba poco característico en ella, que era cautelosa por naturaleza.

–¿Alguien más lo ha visto? –respondió él, con actitud despreocupada.

Se quedó callada, rumiando. Él era el único que lo había presenciado y seguía negándolo. Le vio empujar con suavidad la taza de té hacia ella.

–Lo que pasó en realidad fue que te agarré justo antes de que te cayeras. Es posible que una experiencia tan cercana a la muerte haya desencadenado algún tipo de respuesta neuronal en el cerebro y eso te produjese alucinaciones... «Visión de caleidoscopio»: así lo llaman.

–Pero... –Yeonseo dudó.

La sensación de caer y de flotar luego en el aire, el aroma de aquel bosque en plena floración. ¿Todo había sido cosa de ese efecto? Esperaba que le diera la razón por lo menos en una cosa.

–Tú me agarraste mientras estábamos flotando en el aire. ¡Me cogiste cuando caía en picado!

–No –respondió él entornando los ojos; su sonrisa, un molde de yeso–. Ha sido una ilusión. Todo.

Su determinación cayó sobre ella como un mazazo de impotencia. Se apretó la frente con las manos, cerró los ojos y meditó un instante.

–Sí... Tienes razón.

Debía aceptarlo. Aquello tenía sentido porque él había conservado la calma todo el tiempo, mientras que ella ya estaba de los nervios incluso antes de subir a la montaña. Se había perdido, y luego había tropezado y caído por un despeñadero. En realidad, la versión de aquel imperturbable extraño sonaba más convincente que la suya.

De nada servía continuar discutiendo. ¿Acaso cambiaría algo en su vida que aquella historia fuera real o un producto de su imaginación? ¿Solucionaría sus problemas para llegar a fin de mes?

–Ha sido una alucinación. No hay otra explicación –repitió resignada.

–No parece contenta con lo que he dicho.

Silencio.

En otro momento lo habría ignorado y habría hecho como si nada, pero su descaro la dejó sin palabras. Luego apareció el enfado. Faltaba poco para la medianoche, lo que significaba que iba a tener un día horrible hasta el final.

–Pues no mucho. Me he caído de un acantilado por tonta y resulta que he tenido una especie de alucinación. ¿Hacía falta destacar que todo ha sido cosa de mi cabeza?

—¿Qué hay de malo en eso?

—¡Pues que nos acabamos de conocer!

—Ah...

Asintió como si acabase de darse cuenta. Para ir tan bien vestido desconocía las normas de cortesía más básicas. Yeonseo trató de calmarse un poco. Alterarse no era el mejor de los comportamientos si esperaba recibir una disculpa. Pero ella también guardaba una pizca de arrepentimiento, así que se excusó primero.

—Lo siento... Me he alterado.

Él le dedicó una sonrisa tan plácida y sosegada que sintió vergüenza y levantó la taza para ocultar el rostro tras el ligero vapor del té.

Entonces notó un tirón en la ropa y se giró. A su lado había una niña de unos cinco añitos, con un vestido blanco y tan pequeña que apenas le llegaba por la cintura. La miraba con los ojos muy abiertos y su forma de hablar le recordaba a un conejito masticando.

—¿Eres una clienta?

Aquella pregunta le hizo darse cuenta de que estaba en una librería. Puede que el hombre lo hubiera mencionado de camino, pero Yeonseo no le había escuchado, todavía impactada por todo lo sucedido.

Inspeccionó la estancia. Allá donde mirase, las paredes estaban repletas de estanterías con libros que hacían evidente la naturaleza del lugar.

El suelo, cubierto por una alfombra verde oscura, le daba un aspecto extraño, más sombrío, como si se hallaran en el interior de un árbol muy viejo en lugar de en una librería. Lo que más llamaba la atención

era una máscara que colgaba junto a un arco, con cuatro fisuras para los ojos y las comisuras de los labios curvadas en una sonrisa inescrutable, espeluznante. Ese detalle hacía que el espacio se pareciera aún más a un escondite secreto.

La niña jugueteaba con su pequeña ropa mientras Yeonseo inspeccionaba alrededor. Luego señaló con un dedo el bolsillo de la joven, un gesto que sacó a Yeonseo de su ensimismamiento. Para no conocerla de nada, le pareció un gesto enternecedor.

Metió la mano en el bolsillo y sacó una moneda de chocolate.

—¿Querías esto?

—No —interrumpió el hombre, cortante y frío como la escarcha.

Con la taza a medio camino de la boca desvió la mirada hacia la niña, inexpresivo. ¿Cómo podía mirarla así? Yeonseo estaba a punto de preguntárselo cuando él añadió con voz amable:

—Te tengo dicho que no aceptes comida de extraños.

—Es que me apetece algo dulce...

—Me lo prometiste. Además, la clienta no se encuentra bien. Ven aquí.

—Puf. Eres cruel, Seoju —replicó la niña, haciendo uso de una expresión poco acorde con su edad.

Yeonseo la vio hacer un mohín y luego sentarse al lado de él. Era demasiado adorable como para negarle nada; con aquel pelo ondulado medio recogido y las mejillas redonditas y coloradas. Yeonseo se guardó la moneda de chocolate pensando que aquel

tipo debía tener la sangre de hielo o ser inmune a cualquier encanto.

Gracias a la pequeña había descubierto que se llamaba Seoju, pero, como no le parecía bien usar su nombre tan pronto, prefirió seguir tratándolo con cierta formalidad.

—Entonces, ¿de verdad crees que ha sido una alucinación?

El librero se detuvo cuando estaba a punto de servir un poco más de té.

—Por supuesto —respondió con una sonrisa contundente.

Yeonsoo asintió conforme. Ahí se acababa el tema. Había sido algo bastante horrible de por sí y no sentía la menor necesidad de seguir preguntando.

Mientras pensaba en cómo iba a volver a casa, él habló de nuevo:

—Déjame hacerte una pregunta: ¿qué te llevó al acantilado? Siendo la hora que era y un lugar tan apartado, no creo que fuera por un simple paseo. A no ser... Que estuvieras buscando algo.

O a alguien. Eso parecía decirle con la mirada.

Su voz resonó claramente en medio del silencio, así que Yeonsoo no pudo evitar responder.

—No. Solo me había perdido y llegué allí de casualidad... —tartamudeó.

—¿De casualidad? ¿No era muy tarde para ser una mera casualidad?

—No ha sido un buen día. Salí porque necesitaba despejarme y me desorienté por ir pensando en mis

cosas –explicó, incapaz de admitir que se había desviado deliberadamente del camino.

Él la escuchaba con atención.

–Sí que ha debido ser un día muy duro –murmuró.

Le pareció percibir en la sutileza y gravedad de su tono una pizca de curiosidad, o de preocupación, o tal vez de ambas. Percibía su buena intención. ¿Quién fingiría sentir tanto interés por escucharla? Quizá eso fue lo que la impulsó a seguir hablando.

–No ha sido solo hoy. Más bien, hay veces que ocurren cosas y acabo recordando el pasado. Aunque no tenga nada que ver y no pueda hacer nada al respecto, es algo que siempre vuelve y me molesta muchísimo... Al final acabo sintiéndome una inútil que ni siquiera es capaz de controlar lo que ocurre dentro de su cabeza.

–Terminas dándole vueltas a cosas que escapan a tu control. Cuanto peor es algo, más se hace notar. ¿Te ha ocurrido algo así?

–No sé. No es tan importante. Supongo... son cosas que le pasan a todo el mundo.

Se hizo un silencio extraño. Yeonseo no sabía qué esperar de ese hombre y ya sentía los hombros muy tensos.

–Claro, lo entiendo –respondió él con firmeza.

–¿Alguna otra pregunta?

–Siento curiosidad, pero sería de mala educación entrometerme... Apenas nos conocemos. ¿Más té?

Antes de poder responder, la niña los interrumpió con un sonoro bostezo. Él la cogió en brazos

con la intención de llevarla a la cama y ella lo rodeó con los brazos mientras se quejaba por tener que acostarse ya.

—Léeme algo.

—Es muy tarde. Mejor mañana.

—¡Pero yo lo quiero ahora! ¡O no me voy a dormir!

—Está bien.

De repente, el librero se giró hacia Yeonseo y le preguntó amablemente:

—¿Te gustaría unirte? Suelo leer un poco a los clientes para que conozcan los libros. Puedes cerrar los ojos y relajarte mientras tanto. Dicen que escuchar historias ayuda al descanso.

—¿Qué? Pero...

—¿Te quedas?

Se le ocurrían miles de razones para rechazar la oferta: era tarde, estaba agotada y de mal humor. Pero fue mirar a la niña y de repente fue incapaz de negarse. Tenía los ojos fijos en ella, tan inocentes, tan brillantes. Le recordaba un poco a ella misma de pequeña.

Su abuela solía leerle cuentos antes de dormir. Fantasías que abrían puertas a otros mundos a pocos pasos de su cama. El simple recuerdo de aquellos momentos la llenaba de emoción y, si estaban a punto de crear una ilusión así para la niña, no quería ser quien lo estropeará.

Yeonseo esbozó una sonrisa un tanto amarga y asintió.

—Me quedaré a escuchar. A mí también me encantaba que me leyeran de pequeña.